

Recordando

29-5-92-

Por Leoncio Gianello

Los años se suceden en marcha hacia la meta ineludible. Al iniciarse 1930 vine a Santa Fe, que sería y es tan generosa para conmigo. Llegaba desde mi Gualeguay natal y me trajeron en su auto dos entrañables amigos que fueron ciudadanos destacados en esta ciudad de la Vera Cruz: Cacho y Raúl Crespo.

Venía a estudiar abogacía y el primer examen lo rendí en la casa del ex gobernador Gálvez, donde estaba entonces parte de las dependencias de la facultad en etapa de traslado a su sede actual. Ese examen tenía como presidente de mesa al Dr. Garbino Guerra, que residía en Paraná y viajaba en la famosa lancha "Sarita". Entonces yo publicaba con frecuencia poemas en "El Diario", prestigioso en el periodismo del Litoral. Ese día había aparecido uno que el Dr. Garbino Guerra leyera durante el viaje y que hizo muy cordial el examen que versaba sobre legislación foral.

Estuve un tiempo en casa de mi pariente Pepe Coudannes y al mes, más o menos, me fui a una pensión ubicada en calle Amenábar, justamente detrás del convento de Santo Domingo. Allí se hospedaba un grupo de muchachos entrerrianos entre los que estaba uno con el que tenemos desde hace tanto tiempo una amistad casi fraternal: el hoy doctor Arturo J. Etchevere.

¿Cómo era entonces Santa Fe? Pepe me hizo conocer parte de ella en un largo viaje en el tranvía número cuatro. Al muchacho entrerriano le pareció muy hermosa la ciudad en la que daba su nota típica el barrio del puerto. Era punto de reunión nocturna el bar de "Chacho" con su música de fox trots, entonces de moda, y su pianito bohemio.

Como yo escribía poemas y tenía cierta fama en mi provincia quise conocer de cerca a los poetas santafesinos que había leído con asiduidad en mi Gualeguay natal. Se destacaba en mis preferencias Horacio Caillet-Bois, un gran poeta que no es recordado como merece serlo. Yo había leído poemas del

libro "España Antigua", una de sus obras primigenias, y recordaba de memoria su famoso soneto a Benavente que está entre los diez o quince mejores de nuestra lengua.

Fui a visitarlo. Me recibió cordialmente, me obsequió su libro "Las urnas de ébano" y me autografió otro suyo: "Sus mejores sonetos", publicado en 1921.

Otro poeta santafesino que yo admiraba y al que fui a visitar con el libro de su autoría "La copa de arena" fue Raúl Beney.

Fueron mis primeros amigos santafesinos Luis Alberto Candiotti ("Chicho" Candiotti) y José Carmelo Busaniche. Fue una amistad que perduró hasta la muerte de ellos pero que vive en el recuerdo.

El entonces director de "El Litoral", don Salvador Caputto, tenía la costumbre de cenar muy temprano y le gustaba la cena "conversada". Me dio buenos consejos y no sé por qué me decía que escribiera una biografía de Savonarola, el fraile profeta de la Florencia de los Médicis.

"El Litoral", surgido de la iniciativa de don Pedro Vittori, editaba entonces anualmente un número especial de gran formato y numerosas páginas e ilustraciones. En uno de esos hermosos anuarios tuve la satisfacción de publicar dos poemas. Luego la colaboración se haría frecuente y sólo se espaciaría en este tiempo por mi escasa actividad literaria de estos últimos años.

Santa Fe ha sido sumamente generosa conmigo. Me ha honrado designándome ciudadano ilustre pero, sobre todo, agradezco su generosa cordialidad y el cariño con que mis ex alumnos y mis ex alumnas del Liceo Nacional de Señoritas — a quienes en los días de lluvia les leía poemas en vez de darles la lección de historia — me recuerdan.

He ocupado altos cargos y lo hice con honestidad, a otros cabe decir si con eficacia, pero siempre con el deseo de servir del mejor modo a esta ciudad que no en vano es cordial, como lo ha sido con exacta verdad para conmigo.